

La Escalera

Lugar de lecturas



Visita al territorio de Petrovic

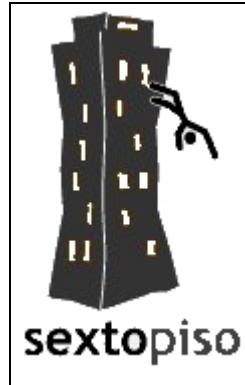
GORAN PETROVIĆ

**La Mano
de la Buena Fortuna**



CONACULTA • FONCA

Goran Petrović
La Mano
de la Buena Fortuna



Entrada

EN LA QUE SE HABLA
DE UNA DESAMPARADA PLANTA DE NOCHEBUENA,
DE UN TRABAJO EXTRAÑO,
DE UN ESCRITOR MISTERIOSO
Y UNA ENCUADERNACIÓN DE SAFIÁN,
TAMBIÉN DE LA ALTURA DE NUESTRAS MONTAÑAS,
DEL CARIÑOSO AROMA DE LA CHICA
CON EL SOMBRERO ACAMPAÑADO,
DE UN LÚGUBRE ACUARIO,
DE PAREDES POROSAS
Y DE SI SE PUEDE FORMAR EL MOHO
EN UN FRASCO DE
MERMELADA DE ALBARICOQUE
ABIERTO UN LUNES.

I

Era una frase en serbio. Como la siguiente también. Compuesta manualmente. Impresa en letras cirílicas. Entre los renglones se dejaba vislumbrar la impresión del reverso de la página. Originalmente de un blanco perfecto, el papel presentaba manchas amarillas del tiempo que se cuela por todas partes...

Esperando que el joven examinara la página introductoria del libro, el hombre misterioso aparentaba entretenérse con la inspección de la oficina, un cuartucho al fondo del embudo del pasillo que no se había vuelto a pintar desde hacía tiempo. La estrecha habitación de uso general contenía sólo un archivador de persiana en desuso con una chapa varias veces forzada, un perchero con base, dos sillas destortaladas, un escritorio y una maceta con una desamparada planta de nochebuena. El pequeño y deslucido escritorio de bordes desgastados, apenas suficiente para los seis tomos del *Diccionario de la lengua serbia*, una edición de *Ortografía* de la posguerra y un montón de textos periodísticos recién impresos esa semana.

La luz en el cuartucho era débil; los hombros cacarañados del edificio gubernamental vecino tapaban la vista desde la ventana, por lo que había que esperar al mediodía para recibir una tajada rojiza del sol que allí jamás pasaba de un cuarto de hora, siempre y cuando no estuviera nublado como ese día de finales de noviembre. Tal vez por eso el joven estaba encorvado, con el rostro casi metido entre las tapas del libro. Después de leer la primera página, dio

vuelta a la hoja con cuidado, pero pasó por encima de los demás renglones para cerrar el libro y empezar a inspeccionar la encuadernación hecha de safián^[1] rojo frío, desde luego demasiado elegante para los tiempos actuales.

—¿Entonces? —dijo el hombre, sin que un solo rasgo de su rostro se moviera como para merecerse una descripción.

—¡¿Entonces?! —El joven andaba con rodeos a pesar de que intuía lo que se esperaba de él, tratando de ganarse otro instante para reflexionar.

—Entonces, decídase, ¿quiere aceptarlo? —El hombre frunció el ceño ligeramente.

—No estoy seguro... —comenzó Adam Lozanić, estudiante de la Facultad de Filología, pasante del departamento de Lengua y Literatura serbia, corrector por honorarios de la revista de turismo y naturaleza, *Nuestras Bellezas*—. No estoy seguro de qué debo decir, esto ya es un libro, no un manuscrito.

—Claro que no. Lo importante es que usted cumpla con las condiciones. Lo cual significa que no va a dejar ninguna anotación u otra huella escrita aparte del objeto de su trabajo. La discreción se sobreentiende. Si considera que la remuneración es insuficiente, estoy dispuesto a ofrecerle... —El hombre se inclinó hacia él con un tono confidencial.

Adam ya se había quedado pasmado con el primer monto que le fue comunicado. De la suma, ahora duplicada, podría vivir cómodamente cinco o seis meses sin preocuparse por el alquiler, terminar tranquilamente su tesis de licenciatura y, por fin, acabar sus estudios. Con el trabajo por honorarios en la revista *Nuestras Bellezas*, alcanzaba justo para cubrir el fondo de la pobreza.

—Es generoso. Pero mi trabajo tiene sentido, cómo decirlo, sólo si se aplica a los manuscritos. El libro es algo ya impreso, definitivo, y ahí la corrección o la lectura no pueden cambiar gran cosa. Además, no sé qué diría de todo esto el autor, el susodicho... —vacilaba el joven abriendo de nuevo las tapas de safián; en la portada interior destacaba el título *MI LEGADO*, en letras grandes, y más abajo: "Escrito y publicado por cuenta del señor Anastas S. Branica, literato".

—Creo que no tendrá nada en contra; no está entre nosotros desde hace unos buenos cincuenta años —dijo el hombre con una sonrisa forzada—. Insisto, no tiene parientes. Pero, aun si los tuviera, este ejemplar es propiedad privada y considero que tengo derecho a hacer algunas correcciones. Si quisiera, yo podría subrayar los renglones, llenar los márgenes, incluso arrancar las hojas que no me gustan. No obstante, quisiera que usted hiciera algunos cambios pequeños, según mis instrucciones y las indicaciones de mi esposa. Su editor dice que usted es muy cuidadoso. Yo soy casi de la misma profesión, y supongo que ésa es la mejor recomendación para la gente de nuestro oficio...

Adam Lozanić posó sus manos sobre las tapas del libro. Cada vez que preparaba sus exámenes y cavilaba cuál de los libros de las largas listas de literatura recomendada debía leer primero, le parecía que de ese modo podía percibir los latidos de un texto. Antes de comenzarlo, siempre practicaba esa superstición ingenua. A pesar de la fría encuadernación de marroquín llamado safián, este libro era cálido e intensamente vivo, su pulso oculto palpitaba bajo las yemas de los dedos del joven. Como si lo hubieran escrito hace un instante, no difería de los manuscritos recién terminados, aún calientes de los febres temores y esperanzas de sus autores. Tal vez fue justamente ese calor lo que le hizo decidirse.

—Está bien, voy a intentarlo —dijo—. No me puedo comprometer diciéndole para cuándo lo tendría terminado, es bastante voluminoso; además, las reglas de ortografía han cambiado varias veces desde entonces, la puntuación es inadecuada, usted habrá notado el punto después del título y luego, el léxico, es la parte más sensible... En realidad, no estoy seguro ¿en cuántas cosas quiere que intervenga?

—¿Cuándo podría empezar? —El hombre misterioso hizo caso omiso de aquello.

—Mañana por la mañana. Esta noche ya estoy demasiado cansado, los artículos periodísticos son tan diminutos y, además, están llenos de errores. Las letras titilan ante mis ojos aun cuando están cerrados. Podría comenzar mañana, por la mañana... —demoraba el joven innecesariamente, como si tratara de esquivar su propia pregunta sobre en qué se estaba metiendo.

—Entonces, a las nueve en punto. No se retrase. Si me veo impedido, lo recibirá mi esposa. —El cliente se levantó y salió del cuartucho.

Adam Lozanić se quedó mirando fijamente el calendario ladeado, clavado en la puerta que acababa de cerrarse. El indicador cuadrado marcaba el lunes 20 de noviembre. ¿¡Lo recibirá mi esposa!? ¿¡Dónde!? ¿¡Y qué podría significar todo eso!? A menos que el misterioso hombre se hubiera enterado de su pequeño secreto. Se estremeció. Sin embargo, estaba convencido de que jamás se lo había dicho a nadie. Desde hace un año, de vez en cuando le parecía que durante sus lecturas se topaba ¡con otros lectores! Sólo de vez en cuando, esporádicamente, pero cada vez con mayor claridad, recordaba a esa gente, en general desconocida, que simultáneamente leía con él el mismo libro. Recordaba algunos detalles como si realmente los hubiera vivido. Con todos sus sentidos. Por supuesto, jamás se lo había confesado a nadie. Lo tomarían por loco. En el mejor de los casos, chiflado. A decir verdad, cuando se ponía a pensar en esas cosas extrañas, él mismo llegaba a la conclusión de que su personalidad rayaba peligrosamente el límite del sano juicio. ¿¡O imaginaba todo eso por el exceso de literatura y la falta de vida!?

Al recordar la lectura, se dio cuenta de que era hora de emprender el trabajo que lo seguía manteniendo por el momento. Le esperaban nuevos textos, así que le sacó punta al lápiz y se puso a trabajar, rara vez abriendo la *Ortografía* y los tomos del *Diccionario*. Había montones de artículos, pero el mismo editor en jefe le facilitaba el trabajo ordenándole que pusiera atención sólo a la corrección ortográfica. Por el contrario, cambiar el orden de las palabras, las palabras mismas o los datos, ni siquiera debía pasar por su mente.

—Lozanić, téngalo presente, no se canse en vano, ¡ése no es su campo! —insistió con ese rigor varias veces, sin titubear en sacudirse, delante de él, la caspa de los hombros y del cuello de su chaqueta cruzada azul marino.

—Señor, permítame, aquí se escapó un error material, no puedo permitir que se diga que el Kopaonik mide casi dos mil quinientos metros, cuando la altura oficial del Pico de Pančić, yo lo

consulté en los mapas, ¡es de dos mil diecisiete metros! —se opuso una vez el joven colaborador.

—¡Casi! ¿La palabra "casi" significa algo para usted? Es pequeña, pero suficiente para cubrir la diferencia. ¿Y dónde está el error allí? Lozanić, usted es un serbista, a decir verdad un serbista sin terminar aún, pero seguramente no un geógrafo. El plegamiento de la corteza terrestre no es una cosa acabada. Además, ¿tiene usted siquiera una pizca de orgullo nacional? ¡¿Acaso usted lo redondearía a sólo dos mil?! ¡Vaya ahorrador! Si a mí me preguntaran, yo pondría ¡hasta tres mil! Ahora váyase y no vuelva de nuevo con su tacañería y esa cobardía cicatera. —Por un instante el editor dejó en paz la caspa en su cuello para despedirlo con un ademán de impaciencia.

Nuestras Bellezas salía quincenalmente. Adam Lozanić tenía la obligación de ir a la redacción los lunes y revisar los artículos enviados por los corresponsales permanentes de todas las partes existentes e inexistentes del país. El encargo que lo esperaba llegó a buena hora, tendría toda una semana disponible para el trabajo mejor pagado en toda su carrera de lector y corrector. Tal vez por eso mismo, el joven no dejó de corregir deliberadamente la parte introductoria del número especial en la que se enumeraban, con demasiado entusiasmo, las riquezas patrias de caza. Tachó en el texto al problemático reno y al lado anotó: "Incorrecto. Segundo es sabido, en nuestras tierras no se encuentra esta especie de animal polar".

Al terminar el último artículo, alrededor de las tres, algo sobre el auge de turismo que generan los congresos, el joven se puso su cazadora verde olivo y metió sus libros en un bolso deportivo. La redacción no contaba con ningún diccionario ni libro de ortografía, los estándares imprescindibles para un corrector. Cuidadoso respecto de la más mínima desviación, Adam se veía obligado a cargar constantemente todos esos kilos, porque el cuartucho de uso general lo ocupaban, por la tarde, las mujeres de intendencia y por la noche allí dormitaba el vigilante.

Ese día de noviembre, el cielo se coagulaba en un color tinta de calamar amenazando con empezar a gotear. Caminando hasta el minúsculo estudio que alquilaba en la calle Milovan Milovanović, abajo de la empinada calle Balkanska, y recordando de nuevo al hombre misterioso, el joven cambió de opinión y entrando a empujones en un autobús atestado en la Plaza de Terazije, se dirigió hacia la Biblioteca Nacional. Tenía la intención de averiguar quién era ese señor Anastas S. Branica, autor de un libro tan valioso como para que su dueño lo encuadernara en el lujoso safián. Allí trabajaba Stevan Kusmuk, un joven aplicado que se graduó a tiempo y por no estar acostumbrado al ocio, aceptó el trabajo de voluntario en la gran sala de lectura. Afortunadamente, los usuarios eran pocos y su amigo le ayudó durante casi dos horas de búsqueda en catálogos, bibliografías y lexicones de escritores. No figuraba ningún Branica.

—¿Estás seguro de que se apellida así? Es extraño, si alguna vez hubiera publicado algo, debería estar registrado aquí... —fruncía el ceño Kusmuk más tarde en la cafetería de la biblioteca. No soportaba ni la más mínima duda; era famoso en la Facultad por las innumerables notas que acompañaban sus trabajos de seminario, a menudo más extensas que el propio texto.

—Sí, es decir, probablemente, tendré que verificar... —contestó Adam, sin querer revelar el motivo de su interés; estaba a punto de salir cuando notó a una jovencita bien parecida con un sombrero acampanado que bajaba de la sala de lectura a esa misma cafetería, seguramente para refrescarse como los demás con un café o un té.

—Dime, ¿qué libros se llevó ella? —preguntó siguiéndola con la mirada sin dudar de que Stevan pudiera saber algo así, a condición de que hubiera sido él a quien la muchacha hubiera entregado su ficha con el título a traer del depósito.

—*Diccionario encyclopédico inglés-serbocroata* de Svetomir Ristić, Živojin Simić y Vladeta Popović, tomo primero, de la A a la M, edición fototípica de Prosveta, Belgrado, 1974 —respondió rápidamente el amigo; realmente tenía una memoria brillante.

Por un instante, Adam Lozanić dudó si debía esperarla. Es decir, si él también debía entrar en la sala de lectura, pedir el mismo volumen y aguardar allí su regreso. Sintió la esperanza de que éste pudiera ser uno de esos días en los que lograba adentrarse en el texto en un grado tal que cobraba conciencia de otros lectores. Así, a finales del séptimo semestre, tuvo un romance prometedor con una compañera, la más bonita del grupo de Literatura Universal, pero cuando trató de acercársela de verdad en el atrio de la Facultad, ella simplemente le dio la espalda.

—¿Le gustan los paseos junto al río? —no se dio por vencido, queriendo hacerle recordar su lectura simultánea, de una novela realista, en la orilla descrita con lujo de detalles; justo el día anterior habían pasado allí toda la tarde.

—Me gustan, si tú pasas a nado al otro lado —bromeó ella delante de los demás.

Esa semana no volvió a pisar el aula, le parecía que la burla sonora de la chica seguía resonando en el edificio de la Plaza del

Estudiante.

Entonces, de qué le serviría acercarse también a esta joven hermosa con el sombrero acampanado, si ella no lo reconociese en la vida real. La lectura simultánea, se preocupaba Adam, se estaba convirtiendo en una obsesión que podría llevarlo demasiado lejos.

—Kusmuk, cuando un libro llega a apasionarte particularmente, ¿tienes la sensación de no estar solo, de que además de ti hay otros semejantes, entusiastas, que por casualidad, por la ley de probabilidad, lo inician al mismo tiempo, en otra parte de la ciudad, en otra ciudad, tal vez, en otra parte del mundo? —se le salió, y enseguida se arrepintió.

El amigo lo miró con asombro. Necesitó algo de tiempo para recobrarse. Pero, enseguida comenzó a razonar:

—Existen tres tipos de lectores según la clasificación del viejo quisquilloso de Goethe. El primero, que disfruta sin reflexionar. El tercero, que reflexiona sin disfrutar. Y el intermedio, que reflexiona disfrutando y disfruta reflexionando, la clase que, en realidad, recrea una obra de arte; Roland Barthes, sin embargo, dice... Yuri Tinianov... Hans Robert Jauss... Wolfgang Iser... Naumann... Teoría de la recepción de la obra literaria... La obra abierta... El horizonte de expectativas... La concretización del texto... El triángulo autor-obra-público... La semiótica... La concatenación de los signos... Aunque trata de la pintura, te recomiendo que prestes atención a un estudio recientemente traducido, *Abstracción y empatía* de Wilhelm Worringer...

Pero Adam Lozanić ya no lo escuchaba. Observaba a la joven con el sombrero acampanado. La observaba beber el té y encontraba una armonía extraordinaria en esos movimientos tan usuales. La observaba levantarse y pasar junto a él dejando un aroma cariñoso. Sólo el enorme trabajo que lo esperaba al día siguiente impidió al joven levantarse tras ese aroma y pedir en la sala de lectura el mismo diccionario para leer —simultáneamente— los mismos conceptos. Por eso, al salir del edificio de la Biblioteca Nacional se llevó en el pecho una sensación de pena. Los colores otoñales del Parque de Karadjordje estaban más oscuros. Perritos con correa tiraban de sus dueños por los senderos y alrededor del monumento al Caudillo. Las cruces doradas del Templo de San

Sava que llevaba décadas inconcluso, velaban en el crepúsculo tendido sobre los tejados de Vračar. Y entonces, empezó a lloviznar.

Le tomó una buena hora llegar a su apartamento, tal vez incluso más que una buena hora. No se podía entrar en ningún autobús, tranvía o trolebús. Sobre todo, no con una bolsa llenísima. Al desistir del transporte, Adam Lozanić bajó a la glorieta de Slavija, y por alguna razón, obstinadamente le dio la vuelta completa en sentido contrario al de la circulación del tráfico, pasó junto al letrero de neón del McDonald's y las colas en las paradas de las líneas 59, 2, 19 y 22, junto a los quioscos amontonados y a las cajas de cartón mojadas de los vendedores ambulantes, se detuvo en el lugar del famoso hoyo de Mitić, el almacén más grande jamás imaginado en los Balcanes, que en su momento no fue construido y después nunca demolido, y luego siguió junto a los vendedores de castañas, pipas de girasol y chicles, y los sombríos reflejos del viejo edificio del hotel Slavija en los oscuros cristales del nuevo anexo del hotel, otra vez junto al letrero del McDonald's, para meterse en la corriente de la calle Nemanjina, hacia la Estación Central de Ferrocarriles. Los seis tomos del *Diccionario de la lengua serbia*, la *Ortografía* y el misterioso libro encuadrernado en safián se hacían cada vez más pesados y la correa de la bolsa se le clavaba dolorosamente por mucho que la pasara de un hombro al otro. El joven caminaba con dificultad sorteando los coches estacionados en las aceras de la capital, con el pelo mojado y empapado hasta los huesos. Al llegar a los números romanos MDCCCLXXXIV en la fachada de la Estación Central y a su reloj parado, comenzó a subir cuesta arriba. Allí, al

pie de la empinada Balkanska, estaba la corta calle de Milovan Milovanović, un estadista, abogado y diplomático de principios del siglo XX olvidado por la mayoría de la gente. Adam vivía a dos números del hotel Astoria.

Por muy cansado que estuviera, por mucha prisa que tuviera, siempre se detenía a echar un vistazo al portero vestido con el pomposo uniforme, adornado como un general con imaginativas charreteras, dorados galones y sardinetas, no precisamente acorde con el mustio vestíbulo del hotel. Por muy cansado que estuviera, tampoco dejaba de echar un vistazo también hacia la cantina Nuestro mar, justo enfrente de su edificio. A juzgar por su nombre, por la tristemente preparada, sola y polvorienta jaiba en su escaparate y por las aflojadas y enmarañadas redes que decoraban, sin mucha inspiración, sus grises paredes y el techo, ese descuidado local debió de ser, hace mucho tiempo, un restaurante de mariscos. De todo eso, ahora le quedaba únicamente su parecido a un gran acuario lleno de humo de tabaco en el que predominaba el cardumen de clientes permanentes, sentados frente a las tazas de café demasiado dulce y las copitas de ajenjo, apoyándose callados sobre los codos o murmurando los cuentos de siempre. La cantina podía verse también, de manera general, desde la ventana del estudio alquilado por Adam, pero de cerca, las personas amontonadas en ese acuario tétrico daban la impresión de ser seres malditos, atrapados desde quién sabe cuándo en aquellas redes estériles, seres que nadie necesitaba ni deseaba ver, por lo cual se pasaban allí buena parte de sus días y sus noches, normalmente esperando su pequeña hora final, la hora de cerrar. Desde fuera, de la calle, el abrir y cerrar de sus bocas, tristemente arqueadas, se parecía a algo entre una respiración dificultosa y el habla muda de los peces.

En la puerta de su apartamento, Adam Lozanić encontró su propio mensaje, dejado esa mañana, con el que informaba al dueño de que le pagaría el alquiler en unos días, cuando cobrase sus honorarios de la revista *Nuestras Bellezas*. El locuaz arrendador de mediana edad, Mojsilović, firmaba por todo Belgrado contratos de manutención vitalicia con ancianos sin parentela, propietarios de inmuebles, y después de su muerte arreglaba y alquilaba las

herencias fácilmente adquiridas. Todo el tiempo se quejaba de que su negocio no era rentable, que estaba al borde de la bancarrota, que las medicinas y la comida eran muy caras, que los ancianos se aferraban con una voluntad increíble a la más insignificante forma de vida, que siempre se lamentaban... Por otro lado, los alquileres eran tan bajos... Por ejemplo, a él, Lozanić, le alquilaba un estudio tan bien ubicado muy por debajo de su valor de mercado... El alquiler, por supuesto, era descabelladamente alto y el apartamento, aunque muy céntrico, no tenía grandes ventajas. Pequeño inclusive para un soltero, fue creado gracias a que Mojsilović dividió un apartamento de dos habitaciones en tres unidades independientes, reuniendo de manera ilegal todos los permisos habidos y por haber y luego hilando todo un ovillo de instalaciones eléctricas y telefónicas, de radiadores, tuberías, y tubos de entrada y salida de agua para los minúsculos cuartos de baño... Adam se encontraba en el estudio de en medio; el de la izquierda lo alquilaba una familia con dos hijos en edad preescolar y el de la derecha un vendedor ambulante de *souvenirs* que siempre llevaba el ceño fruncido. Los antiguos tabiques interiores, de apenas tres dedos de grosor, eran demasiado porosos para detener la eterna riña entre el niño y la niña, cada tanto interrumpida por los padres. En cambio, el vendedor vivía solo, haciendo sus patéticos *souvenirs*, por lo general, de flores secas enmarcadas, a raíz de lo cual de allí llegaba constantemente, y casi siempre a las horas más increíbles, el ruido del claveteo de molduras. En el minúsculo apartamento de en medio, el único silencio que se podía encontrar era el de los tubos de agua, ya que por razones inescrutables el agua faltaba a menudo.

Esta vez, quizá por la lluvia, los grifos gorgoteaban. El joven se desvistió, con el índice alisó sus cejas y el escaso vello en el pecho, tomó una ducha, se puso el pijama de fustán, se abrigó con una cobija y se comió lo que encontró, es decir, la mermelada de albaricoque del año anterior y un pedazo de pan de centeno de la víspera.

—¡En un frasco de mermelada abierto un lunes, jamás puede formarse el moho! —Su madre le enviaba la comida cada semana por autobús y le daba consejos por teléfono—. Tampoco debes abrir

un libro los martes. Desde que existe el mundo, el lunes es un buen día para comenzar algo. El martes es de mala suerte, un día tuerto. Incluso sórdido, diría yo.

Al sonreír ante este dicho, que incluso parecía ser un ingrediente secreto de la mermelada de albaricoque, Adam Lozanić recordó que justamente hoy era lunes. Tal vez por eso, a pesar de estar cansado y entumecido de frío, además de molesto por no haber tratado de probar suerte en la lectura conjunta con la chica de aroma cariñoso en la Biblioteca Nacional, es decir, sólo por el dicho de su madre, tomó de nuevo en sus manos el misterioso libro encuadrado en safián.

—*MI LEGADO*. Escrito y publicado por cuenta del señor Anastas S. Branica, literato —leyó en voz alta en la contraportada, mientras el martilleo anunciaba que el vendedor de *souvenirs* empezaba a enmarcar las flores secas.

—¡Belgrado, mil novecientos treinta y seis! —gritó adrede las letras y números diminutos sabiendo que su vecino no soportaba su lectura en voz alta; más de una vez ese gruñón le había dicho que no tenía por qué escuchar sus recitaciones.

—Vecino, ¡me gustaría saber de dónde saca usted esos poemitas! ¿Por qué no lee algo como el resto del mundo? Por ejemplo, yo no tengo tiempo para leer el periódico hasta que pasen las fiestas, y sería bueno, mientras trabajo, escuchar de usted las noticias. Podríamos dividir los costos. Usted compra un diario y yo un semanario... —le había salido al encuentro en la parada del autobús hace mucho, después de su preparación del examen de Literatura del Renacimiento y Barroco.

Al darle la vuelta al libro, además de los datos usuales en la última página, Adam Lozanić encontró solamente esto:

—¡Imprenta Globus, calle Kosmajska veintiocho, teléfono: veintidós, guión, setecientos noventa y cuatro!

El martilleo se calló, para escucharse enseguida la voz airada:

—¿Podría bajar la voz un poco?

Luego, el martillo retumbó de nuevo a modo de metrónomo y el joven empezó a examinar la encuadernación. El marroquín es una piel de cabra teñida, sumamente delgada y salpicada de finos poros. La de mejor calidad y aspecto se elaboraba durante siglos en la

ciudad marroquí de Safí, de ahí llamada safián. El libro del hombre misterioso, que resultó ser también de un autor misterioso, estaba encuadrado justamente en esa piel, no en una imitación barata, truco de los encuadernadores actuales. A lo largo de los bordes y en el lomo llevaba impresa una enredadera de complejo trenzado hecho con maestría.

Al abrir el libro nuevamente y saltando la portada, Adam leyó la nota escrita en cursiva y enmarcada con una línea negra: “*Esta novela tuvo su origen en el enorme y vano afecto hacia mademoiselle Nathalie Houville, una pintora talentosa y cruel amante, por lo que dedico su versión final a mi familia y al bendito recuerdo de mi madre Magdalena, víctima de la fibre maligna el 3 de octubre de 1922. El día de san Juan 7/ 20 de enero de 1936 - Anastas S. Branica*”.

Sí, el corrector por honorarios de la revista *Nuestras Bellezas* enseguida se dio cuenta: faltaba el punto después del año 1936. Luego, una e en la palabra *fibre*. Pero, no estaba seguro de que su cliente quisiera ese tipo de correcciones. Adam dedujo con calma que cualquiera que fuera el significado de aquel “¡Lo recibirá mi esposa!”, él, de alguna manera, había empezado la lectura el lunes, un día bueno para comienzos. Mañana estaría más descansado y sabría de algún modo qué habría de hacer. Sin embargo, no resistió insertar con un lápiz entre la *fi* y la *bre*, la *e* omitida. Tal vez fue esa palabra, una palabra titilante, la que le advirtió que estaba temblando un poco. ¿Se habría resfriado? Ante un trabajo tan importante. Ante un trabajo tan bien pagado.

—Prepararé un té —dijo en voz alta, ya que a veces, durante el martilleo del vecino, no podía escuchar ni sus propios pensamientos.

Sin embargo, nada dependía de la lluvia. Aunque afuera llovía y tamborileaba a cántaros, de la llave en la improvisada cocina se anunció sólo un gorgoteo que dejó correr un silencio perfectamente seco.

—¡A la cama! ¡A la cama, enseguida! —gritaban ahora los padres a los niños en el otro apartamento.

Con ellos, el joven jamás discutía. A veces le daban pena los niños malcriados, a veces los adultos neuróticos. Cuando a los dos

padres les tocaba trabajar el turno nocturno, Adam solía leer a los niños, a través de la delgada pared, cuentos infantiles selectos, sin prestar atención a las protestas del vendedor de *souvenirs*. Será por ello, o por alguna otra razón, que en el examen respectivo mostró un conocimiento envidiable y se ganó ¡el mismísimo diez!

—¡A la cama! ¡A la cama, enseguida!

Y como si se lo hubiesen ordenado a él, Adam Lozanić, pasante de la Facultad de Filología, colaborador por honorarios de la revista *Nuestras Bellezas* e inquilino del edificio frente a la cantina Nuestro mar, se fue a dormir.

Por curiosidad, abrió el libro una vez más. Ahora, en el mismo comienzo. Era una frase en serbio. Como la siguiente también. Compuesta manualmente. Impresa en letras cirílicas sobre el papel que presentaba manchas amarillas del tiempo que se cuela por todas partes: "Alrededor, hasta donde alcanzaba la vista, se extendía un jardín de exuberante belleza...".

Pero entonces, a pesar del claveteo de los marcos, sintió sueño. El libro se deslizó suavemente de las manos del joven y se cerró por sí solo.

Primera lectura

ACERCA DE DÓNDE ESTARÍA LA LUNA
Y DÓNDE VENUS
SI NO HUBIERA NUBES,
SI HAY ALGUNA SEMEJANZA ENTRE
UNA BIBLIOTECA Y UN JARDÍN BOTÁNICO,
CÓMO SE DEVUELVE EL BRILLO
A LOS RECUERDOS,
QUÉ ES LO QUE SE VE EN LOS OJOS
DE UN LECTOR ATENTO,
CÓMO SE CONSTRUYE
EL FUTURO SIMPLE DEL VERBO SER
SIN NINGÚN REMORDIMIENTO,
DÓNDE ES POSIBLE ENCONTRAR AÚN EL ACEITE DE AJONJOLÍ
Y EL VERDADERO BARBANATS,
DÓNDE ESTÁ EL ALMACÉN
MÁS GRANDE DE LOS BALCANES,
QUÉ PASÓ CON EL ORDENANZA DEL REY PETAR II,
CUÁNTAS COSAS CONTIENE
LA ALMOHADA DE UNA DONCELLA,
Y TAMBIÉN ACERCA DEL EQUIPAJE
DIGNO DE UN VIAJE TRANSOCEÁNICO.

En cuanto echó un vistazo al comienzo del libro que acababa de abrir, Jelena sintió que no tenía ganas de leer. ¿Ayudaría que se excusara con una indisposición o algún otro malestar? ¿Acaso las punzadas abajo del esternón no serían el inicio de esa famosa náusea? Incluso estaba reapareciendo el bien conocido vértigo y las palmas de las manos le sudaban de nuevo...

Sin embargo, al mirar de reojo a la señora Natalia Dimitrijević, la joven desechó al instante cualquier excusa posible. Detrás de sus lentes con aumento descomunal, la vieja dama casi no parpadeaba, aguardando impaciente el momento en que terminarían el té, y por fin iniciarían el viaje. Un tramo de camino juntas, como tantas veces antes, y luego cada una en pos de su propio destino.

—Vamos, le sentará bien con este frío —dijo la señora por encima de su taza; debió de estar sopesando mucho cómo pronunciar aun esas pocas palabras susurradas.

Por supuesto que hacía frío. Iba a dar la medianoche. El cielo de Belgrado, color tinta de calamar, estaba enmarcado en los cuarenta y cinco rectángulos de vidrio del ventanal de tres hojas; en uno de ellos, el superior derecho de la ventana de en medio, un círculo de gis marcaba el lugar donde se vería la luna llena, si las nubes de noviembre no cubrieran el firmamento, mientras que una crucecita en el otro señalaba el sitio en el que se encontraría la Estrella Polar. El chapoteo de transeúntes tardíos y el ronroneo de vehículos que se apresuraban a repartir los periódicos del día

siguiente, para adelantarse inclusive a los mismos acontecimientos, atravesaban la lluviosa noche capitalina, y entre el tamborileo de gotas podía escucharse de nuevo el inevitable crujido del juego de té azul cobalto, adornado con constelaciones doradas.

Jelena miró por el cuarto. Todo estaba listo. Desde que regresó de la Biblioteca Nacional donde los lunes estudiaba inglés, desde el momento en que la señora le comunicó su decisión de partir definitivamente sin esperar siquiera que la chica se quitara su sombrero empapado, desde que comenzaron con los preparativos, la dama de compañía no tuvo descanso. Había tanto por hacer. Aparte de una lámpara de pie al lado de ella, las luces del apartamento estaban apagadas. Muy cómoda para leer, la pantalla de pergamino atenuaba cada afilado borde de lo que se alcanzaba a ver a su alrededor. Una blanca tela fantasmal estaba echada sobre las demás sillas. Resultó que las cómodas y los armarios contenían justamente la cantidad necesaria de sábanas para cubrir todos los muebles. Vasos de todo tipo en la vitrina del comedor estaban boca abajo para no juntar polvo. La tapa del tocadiscos estaba bajada, los discos fueron por fin limpiados y colocados en sus respectivas fundas. El agua en el florero con crisantemos rojo encendido se acababa de cambiar, porque nadie tenía el valor de tirar un ramo de flores todavía frescas...

Alrededor estaba el equipaje necesario; incluso más de lo que se necesitaba. Un arcón, tres baúles voluminosos, seis maletas y una docena de sombrereras, cada una con etiqueta o el monograma impreso de la dueña. A ese respecto, la vieja dama nunca se midió mucho, pero esta vez se sobrepasó a sí misma. En la fiebre del viaje, cada rato recordaba que podría llevarse esto o aquello. Se había tranquilizado hacia apenas menos de una hora, cuando en sus valijas cupo hasta una malla contra insectos. El equipaje de la chica, en cambio, consistía de una sola mochila abigarrada, de tamaño mediano, con lo más necesario. Sólo faltaba tomar el té de jazmín y partir. Porque de aquí, ahora, ya no había otra salida.

—¿Debería asegurarme de que cerré bien la puerta de entrada? —se le ocurrió a Jelena un pretexto para aplazar al menos un poco el comienzo del final.

La señora jamás salía sin antes comprobar que la cadena de seguridad estuviera bien puesta y la llave hubiese dado dos vueltas, que los grifos estuvieran bien cerrados y las persianas en los demás cuartos correctamente bajadas... Pero, en esta ocasión, parecía que todas esas medidas de precaución usuales la tenían sin cuidado. Aunque estuvo esperando más de medio siglo, ahora quería partir cuanto antes.

—Está bien, ¡sólo apúrese! No quisiera llegar tarde, mientras aún tenga cabida en algún lugar... —dijo con voz agitada; le costaba hablar por su enfermedad y como una de cada cinco o seis palabras se le atoraba en la garganta, Natalia Dimitrijević sorbió con ansia un poquito de té.

Ayer se cumplió un año de la llegada de Jelena. Un año completo desde que se mudó a este edificio, por lo demás igual a otros edificios en la tranquila calle Palmotićevo. Los coches atravesados en las aceras. La arboleda de plátanos con troncos hinchados al ras del suelo por alguna enfermedad. Cinco. Siete. Nueve. Una hilera de soñolientas palomas caseras posaba en la seguridad de una alta cornisa prominente. Pequeños gorriones curioseaban en los frontones y antepechos de hojalata de las ventanas. Una pareja de tordos extraviada y temblorosa se paró en las fauces abiertas de una de las ocho fieles cabezas leoninas en la fachada del famoso escultor Franjo Valdman. Balcones cuel nidos de gigantes colgaban en el aire, olvidados y desiertos hasta la primavera. Como si los arquitectos belgradenses de principios del siglo XX, Nestorović, A. Stevanović, D. Leka, A. Bugarski, Savčić, Beker, Antonović, K. Jovanović, D. Brašovan, hubiesen competido por satisfacer las necesidades de los pájaros con los numerosos resaltos en sus fachadas.

El zaguán recubierto de mármol y del sonoro eco de tacones con contrafuertes, veteado de grietas y manchas de silencio producidas por el moderno calzado con suelas de hule. El encaje elegante de las molduras, desfigurado por las cicatrices de posteriores instalaciones y reparaciones mal disimuladas. Buzones de correo con plaquitas de latón patinado y apellidos desgastados, tal vez por las frecuentes miradas de sus dueños deseosos de

cartas. El cubo del ascensor enrejado con hierro forjado. Y el espejo en la cabina tan estrecha que Jelena, aun sin querer, tuvo que afrontar de nuevo su melancolía descomunal, tan descomunal que parecía que el cable rechinante de acero iba a romperse de tanto peso. Más tarde, la señora Dimitrijević instruiría a su inquilina en los secretos de la moderación de tristeza, gracias a lo cual la joven, al menos, dejó de marchitarse a causa de su sentimiento predominante.

—Lo sé muy bien por experiencia propia —repetía la vieja dama —. Tomará algo de tiempo. Lo verás y lo aprenderás, uno se acostumbra a todo. A mí me lo enseñó una emigrante rusa, Paladia Rostovtseva, mi maestra de canto. Me decía: "Vamos, querida, ¿qué tienes? Uno, enderezate. Dos, levanta la cabeza. Tres, sonríe, ríete, no hay mejor música que la risa".

Pero esto pasaría mucho después. Aquel día, cuando Jelena se detuvo ante la puerta de la señora Natalia, que no se distinguía en nada de las otras en el quinto piso del edificio en la calle Palmotićevo, sólo tenía un poco de dinero, una mochila modesta, la pesada sombra de su melancolía y el ejemplar del *Política* doblado en cuatro. Desde que terminó sus estudios y recogió el diploma sólo por complacer a sus padres, desde que logró obtener su permiso y presentó sus papeles para emigrar al extranjero, lo más lejos posible de su tristeza, desde que llenó los cuestionarios, redactó la solicitud y se puso a esperar una respuesta favorable de alguna embajada, vivía aceptando todo tipo de trabajos y estudiando apresuradamente inglés, el único conocimiento que pensaba llevarse de ahí. Ese día su esperanza se reducía a un anuncio publicado en el *Política*, en la sección de "Varios", marcado con un círculo de lápiz. "Señora de edad necesita una dama de compañía atenta. Se proporciona alojamiento y comida. Presentarse personalmente...", alcanzó a leer la joven por encima de un hombro vestido de tweed entre algunos paraguas abiertos y mangas de impermeables en la parada de autobús frente al cine Balkan, mientras recorría Belgrado vanamente de una punta a otra en busca de algo más seguro, algo con lo que podría vencer, al menos por un tiempo, la brecha entre el pasado y el porvenir. Alcanzó a leer sólo eso, y para saber la dirección tuvo que comprar el periódico cuidando de que su mirada no rozara

ningún otro título vecino ni alguna otra palabra aparte del anuncio... Desde hacía tiempo había notado que las palabras de su lengua materna aumentaban en ella la tristeza, incluso le provocaban una sensación agobiante de pesadumbre, por lo que procuraba evitarlas en lo posible.

—¿Quién es? ¡No tema, no le haré daño! —preguntó una voz alegre antes de que se escuchara el chirrido de la mirilla, la llave diera una vuelta y rechinara la cadena retirada.

Le abrió una mujer menuda cuya estatura contrastaba mucho con el nombre y apellido imponentes. Llevaba un vestido de seda cruda, también demasiado grande y de corte anticuado. Además, una pamela con el ala levantada en la frente, dos vueltas de perlas y guantes de hilo color beige. En la mano sostenía un delantal que contrastaba con su atuendo festivo y un cuchillo para cortar papeles. Estiraba su cuello y parpadeaba del mismo modo que los miopes.

—Disculpe. —Sonrió confundida, con el rostro sonrojado—. Acaban de llegar de la tienda de antigüedades algunos ejemplares sin cortar.

—Pase por favor, adelante, nos sentaremos en la biblioteca —repetía dejando pasar a la joven visitante—. Sí, yo soy Natalia Dimitrijević. En realidad, señorita Dimitrijević. Jamás me he casado. Sin embargo, nunca me diga así. Ahora, a mi edad, no sería apropiado...

Al pasar del corredor amueblado con la pura penumbra —primero recto y luego a la derecha, por la puerta de dos hojas abierta de par en par— al cuarto con libros, Jelena tuvo la impresión de llegar a un jardín, aunque no había ninguna planta alrededor exceptuando un ramo de crisantemos rojo encendido en un florero. De dónde venía esa sensación, se preguntaba la joven, para lo cual después, durante meses, estaría encontrando, una y otra vez, toda una serie de explicaciones.

Tal vez se debía a tanta luz que irrumpía por las cortinas de punto grueso que, además, nunca estaban corridas. Bandadas enteras de reflejos poblaban el cuarto cuya pared oriental tenía una enorme ventana de cinco hojas, cada una de ellas dividida en nueve partes; esa profusión de vidrios hacía pensar en el invernadero de un jardín botánico donde en lugar de plantas crecían libros.

¿Cómo saberlo?, quizá ese aspecto de jardín venía de la espesa enredadera de títulos a lo largo de cada pulgada libre de las demás paredes, desde el desnudo suelo, en realidad un parqué ya agrietado cuyo mosaico vivaz de tonos rojizos estaba hecho con verdadera maestría, hasta el anticuado techo alto de rincones umbrosos. El abigarrado colorido de los títulos no permitía distinguir a primera vista que la mayoría aparecía en dos o más ejemplares, al igual que en la naturaleza hay zonas donde se repite el llantén, y otras donde siempre brotan los arbustos de cornejo. Los libros formaban una enredadera entre cuyas trenzas la joven enseguida notó los fastuosos títulos en inglés y otras lenguas extranjeras, separados en una fila vertical de repisas con puertas de cristal; parecían especímenes exóticos de allende los mares, que exigían un cuidado y condiciones climatológicas especiales. Para alcanzar las filas superiores se disponía de una escalera móvil como aquellas para podar o injertar árboles frutales, de modo que separar las hojas sin cortar de los libros le parecía a Jelena una tarea con fines similares.

Pero tal vez a todo eso contribuía el mobiliario inesperadamente modesto, a saber, unos sillones de mimbre con altos respaldos y brazos. Apenas cuatro sillones de jardín reunidos sin cuidado alrededor de una lámpara de pie con pantalla de pergamino, y una mesita de delicadas patas talladas que parecía ser parte de otro juego de muebles. La mesita ovalada era suficiente para el florero con un ramo de flores siempre frescas: mimosas, lilas, rosas o aquellos crisantemos rojo encendido, dependiendo de la época del año, o también para servir el té, dejar los lentes o el libro que se está leyendo. Además, en la única superficie de la pared que no ocupaban las repisas, encima de una estufa baja, recubierta de losetas vidriadas verde pino, había un reloj de pesas en forma de piñas y manecillas tan lentas que se necesitaba tiempo para determinar si su mecanismo emitía latidos, es decir, si ese reloj funcionaba realmente.

Pero antes que nada, y durante todos esos meses que vivió en la casa de la señora, la joven veía la sala de la biblioteca como un jardín, sobre todo, por la misma Natalia Dimitrijević. La anciana bien conservada entraba allí limpiándose los zapatos en la alfombra del

pasillo. Vestida de gala, como los demás se arreglarían para una fiesta, con guantes de hilo y sombrero de rigor, nada más para soñar ociosa como si se encontrara bajo la misteriosa sombra de una parra frondosa; o para cuidar pacientemente sus arriates y las copas de sus árboles, o afligirse al lado de un lugar abandonado como junto a una rama cortada, o avistar cada brote nuevo, asolear y revisar las viejas ediciones hace tiempo apartadas de la vista, proteger con celo las hojas frágiles del mal del desprendimiento, o, inclinando la cabeza, aguzar el oído para averiguar si se escucha y de dónde viene el susurro de las lepismas, las infames polillas de papel, los piojos y demás parásitos; para palpar los lomos y bordes dorados, enredaderas ornamentales impresas en bajorrelieve, diminutos poros de los grabados, viñetas delicadas como la telaraña y tapas de toda clase, desde el ordinario cartón burdo con virutas de madera, pasando por las encuadernaciones sencillas de tela de manta, hasta el satén rosa pálido y el terciopelo color vino, incluyendo las románticas tapas de encaje inglés almidonado y las soberbias encuadernaciones en piel roja de safián.

Incluso ese día su conversación empezó de acuerdo con la idea que Jelena tenía de ese espacio:

—Desde aquí se ramifica el árbol de mi vida... —La vieja dama hizo con la mano un vago ademán—. Por desgracia, hasta aquí mismo llega, llevo años viviendo en soledad... —agregó con un suspiro.

Luego todo pasó rápidamente. La señora regresó de su ensimismamiento y enseguida expuso sus expectativas. El trabajo no le ocuparía todo el día a Jelena. Más bien se trataría de charlar con una taza de té de jazmín, escuchar en silencio el crujido del esmalte de la loza azul cobalto y contar las constelaciones pintadas en sus platitos; en ocasiones muy raras, salir juntas, a lo mucho, hasta el cercano templo de San Marco para el servicio del día de san Juan o de las grandes fiestas religiosas, y cuando santa Petka se le apareciera en sueños. A decir verdad, sus piernas ya no le obedecen mucho, y tampoco es amante de los paseos; de todos modos ya ha visto suficiente. De cabo a rabo.

—¡Hasta aquí! —dijo y cerró sus ojos resueltamente como si no pensara volver a abrirlas nunca más.

Hay personas cuyo aspecto general está dominado por un solo rasgo, el ceño cejijunto, pómulos salientes, labios curiosos, hombros caídos, caderas desproporcionadas o pies planos. Natalia Dimitrijević era, sin lugar a dudas, una de esas personas. Toda ella estaba marcada por sus grandes ojos verdes, llenos de sosiego. Tan sólo cuando los cerró, pudo apreciarse cuán envejecida estaba en realidad. Por los párpados marchitos y cada una de las arrugas, su rostro se había transformado en una convergencia de tiempos pasados. Es más, Jelena descubrió que la señora había disminuido al punto de reducirse a una arruguita de vida. El vestido de corte anticuado parecía una vaina marchita. Y ese conmovedor testimonio

de la vejez inextricable emocionó y a la vez turbó tanto a la joven que de toda la conversación que siguió recordaba sólo su aceptación definitiva y la exclamación infantil de Natalia Dimitrijević.

—¡Estupendo, empezaremos de inmediato!

Por otro lado, reflexionaba después, cualquiera que fuera el asunto en cuestión, una oportunidad como ésta no se podía desperdiciar. Una calle tranquila en el centro de Belgrado. Un apartamento amplio y elegante, aunque a decir verdad, con una distribución extraña. Probablemente fue modificado varias veces, de modo que la salida al balcón simplemente no existía: es decir, a éste se podía acceder sólo desde el apartamento vecino. Eso no era nada en comparación con la despensa que, por error, fue tapada con una pared durante el gran reparto de viviendas en 1947, junto con unos candelabros plateados, saleros, moldes, coladores, ralladores y los demás utensilios de cocina. En las noches oscuras, de ahí se podía escuchar un golpeteo sordo e insistente de un mortero de madera, como si alguien estuviera preparando para otro el trigo machacado.

En general, aparte de la biblioteca, todas las habitaciones estaban arregladas según las ideas extravagantes de Natalia Dimitrijević. No tendría sentido comenzar una descripción minuciosa de la distribución del mobiliario ya que cambiaba a cada rato, de modo que siempre había que hacer modificaciones. De eso tomaba nota, al parecer, el vecino del estudio con salida al balcón aprovechando cada instante en que las persianas no estuvieran bajadas para espiar y apuntar algo.

—Hay cosas que jamás pueden ser localizadas si se quedan siempre en el mismo lugar —decía la señora cambiando incansablemente los discos de sus fundas, el contenido de los cajones de la mesita de noche a los de la cómoda y viceversa, hasta que ella misma olvidaba dónde quedaba cada cosa sorprendiéndose con agrado la siguiente vez que se ponía a escuchar música o a revisar las chucherías.

—Veamos si hay alguna novedad... —Volvía a clasificar y ordenar las fotos del álbum familiar comparándolas con sus recuerdos de tiempos remotos.

—La luna debería estar aquí y la Estrella Polar acá. —Borraba de los vidrios los círculos y las crucecitas de la noche anterior para marcar una nueva ubicación de cuerpos celestes por si la siguiente noche volvía a ser nublada.

—Aun el cristal más fino requiere de humedad, y si no se usa o, al menos, se expone al rocío, suele quebrarse por sí solo — justificaba su costumbre de tomar el agua siempre de un vaso distinto, desde los simples vasos de mesa, pasando por los de aguardiente apenas más grandes que un dedal y las copas panzudas de coñac, hasta los diversos vasos de vino o sidra, particularmente delicados, obra del famoso fabricante Moser.

—Hará una semana completa desde que no he movido el armario, ha de haber mucha oscuridad acumulada detrás.

—Jalaba y arrastraba hasta las piezas más pesadas, antiguos muebles rígidos que se resistían con chirridos y aullidos, pero que resollando terminaban adoptando la posición que les asignaba su dueña.

Y puesto que solía cambiar de cama para despistar el insomnio que la acosaba, tampoco ella misma permanecía en un mismo lugar; jamás durmió tres noches seguidas en el mismo lecho.

—Aun la cama matrimonial resulta ser más angosta que mi sofá si me paso la noche dando vueltas —era la frase que acompañaba el traslado de sábanas y almohadas.

Todos los cuartos estaban arreglados de acuerdo con sus ideas peculiares, pero la biblioteca con estufa de losetas vidriadas desentonaba del resto del apartamento aún más; allí no estaba instalada la calefacción central, porque la vieja dama consideraba que sólo el calor natural les sentaba bien a los libros.

—De otro modo el papel se hincha irremediablemente y las tapas se cubren de bultitos arriñonados o pequeñas protuberancias parecidas a edemas y aftas.

Para Jelena se destinó un pequeño cuarto soleado, antaño el cuarto de servicio. Una mesita de noche baja y el ropero de nogal emanaban hospitalidad, mientras que el colchón de plumón y las sábanas bien alisadas auguraban sueños tranquilos. "Y cualquier cosa que pueda necesitar, aquí todo está a la orden. El acuerdo comprende el alojamiento, comidas y una pequeña remuneración".

Por lo que atañe a labores domésticas, la dama de compañía podía ocuparse de las compras diarias de víveres o de las flores de temporada, o de prender el fuego en la estufa durante los grandes fríos, sin obligación, claro, sólo cuando tuviera ganas... Pero, eso sí, sin falta debía ayudarle a la señora con sus numerosos recuerdos. Puesto que el tiempo se asienta sobre el tiempo, la anciana tenía cada vez mayores dificultades para atender aun los recuerdos más necesarios.

—Con un trapito de fieltro hay que quitar las manchas amarillentas...

—Devolverles el brillo poniéndolos en baño maría con una solución de bicarbonato de sodio, una cucharadita por cada taza de agua...

—Por precaución, hay que ajustar o coser los lugares desgastados o descosidos...

—Envolverlos con lavanda o llenar con castañas maduras...

—Además, el polvo se asienta sobre las cosas viejas con una obstinación insoportable.

Sólo días después, cuando Jelena terminó de alojarse y más o menos familiarizarse con la distribución de las habitaciones y las costumbres, Natalia Dimitrijević añadió:

—¡Por Dios, casi me olvido de lo más importante! Por la noche o durante el día, no dudo en que nos pondremos de acuerdo al respecto, me gustaría que leyéramos juntas. Todo lo demás puede arreglarse de una u otra manera, pero con la lectura le pediría toda la atención posible. La chica que la precedió apenas podía llamarse dama de compañía, justamente por su negligencia. Mientras estuve leyendo a toda prisa saltando renglones y páginas, la aguantaba y trataba de alcanzarla. Pero cuando empezó a dormitar o seguir la lectura totalmente distraída, tuve que despedirla amablemente...

De verdad, ¡con qué ligereza fue pronunciada esa tarea adicional! ¡Cuán ingenua sonó! Al recordar los libros en inglés en las repisas encristaladas, Jelena incluso tuvo la esperanza de poder estudiar con la señora la lengua que tanta falta le hacía para su partida. Leyendo en voz alta memorizaría mejor los artículos definidos e indefinidos, palabra por palabra, frase por frase, la comparación de los adjetivos, la concordancia de los tiempos

verbales, las formas de los verbos irregulares. Tal vez por eso se comprometió tan a la ligera:

—Por supuesto, trataré de hacerlo.

Era una tarde decembrina del año pasado, también un lunes, desde siempre un día bueno para los comienzos. La señora dejó que Jelena escogiera una silla de mimbre en la biblioteca, la misma que a partir de entonces sería suya. Ella misma se sentó frente a la chica, cogió los lentes de aumento sobrenatural que acababa de limpiar, se los puso y dejó de parpadear con un aire de importancia. La lectura conjunta implicaba toda una serie de pequeños preparativos.

—Es imprescindible que uno esté decentemente vestido, nunca se sabe con quién puede toparse... —dijo abotonándose su traje sastre para salir y arreglándose innecesariamente su permanente recién hecha.

—El tiempo de allá es un tiempo concentrado, puede suceder que nuestros cinco minutos duren una hora completa, o viceversa; nuestro cálculo de tiempo no sirve allá, por lo que puede olvidarse del reloj o de una vez quitárselo... —le advirtió a su dama de compagnía.

—Busque el tercer capítulo, allí está el río adonde voy a menudo, pensé que es muy apropiado para las observaciones preliminares —concluyó la vieja dama y tendió a la joven uno de los dos libros del mismo título.

Al inicio, Jelena contenía su estupefacción. Con el comentario sobre la vestimenta se sonrojó, sus tenis de tela desde luego no concordaban con el gusto de vestir de la señora Natalia. A la

recomendación sobre el tiempo, desabrochó confundida la correa de su reloj y lo guardó en el bolsillo de su pantalón de chándal. Pero, cuando se dio cuenta de que la lectura conjunta comprendía la lectura simultánea de un mismo libro, inclusive de las mismas páginas, no pudo resistirse a la impresión de que los actos de la señora Dimitrijević rayaban peligrosamente el límite del sano juicio. No obstante, al mirar el rostro de la anciana, la verde calma de sus ojos y su sonrisa benévola, no tuvo otra salida que asentir a todo con la cabeza.

—¿Entonces? —Escuchó poco después, mientras intentaba concentrarse en el texto ante ella sin éxito.

—¡¿Entonces?! —repitió tratando de ganar tiempo sin saber en realidad qué era lo que se esperaba de ella.

—Me interesa qué dirá, ¿qué le parece? —preguntó la señora.

—Pues, es bonito... —contestó esquivamente.

—¡¿Bonito?! ¡¿Es todo lo que tiene que decir?! —Natalia Dimitrijević miraba a su dama de compagnía con decepción—. ¿Acaso no ha notado la lisura de esta agua?

—No, es decir, sí... —se corrigió rápidamente la joven al encontrar la salvación justamente en los ojos de la anciana en los que, aumentada por los lentes, brillaba la vasta superficie fluvial, apenas perturbada a mitad del río por las vetas de la corriente.

—¿Ahora se da cuenta de por qué me gusta ir allá? Además, un poco de agosto en diciembre no viene mal a mis articulaciones. Se trata de dos mundos suficientemente parecidos y, a la vez, bastante distintos. No hay datos precisos sobre las corrientes de las aguas de este segundo, o más exactamente, primer mundo, así que no se sabe por qué allí algún río se seca o crece... —explicaba la señora contenta de haber encontrado por fin a una verdadera interlocutora.

Ese lunes decembrino había en sus ojos algo del bochorno de agosto: el vibrar de las hojas de sauces y mimbreras, el temblor de las crías en un nido construido en la proa de una lancha atracada y luego olvidada, las reverberaciones del sol en el agua crispada, la transpiración de los juncos en la otra orilla, el azul plomizo de una cadena de montañas compacta y lejanos claros cubiertos de nieves perpetuas... Y cuando la señora se giró, hubo un atisbo de

contornos de una sola casa, de dos plantas y color amarillo claroscuro, en medio de una soledad irreal en la leve pendiente de un valle boscoso. En el cuarto hacía más calor que cuando empezaron la lectura, olía a la vastedad de las aguas que durante siglos, tal vez desde el día de la creación, corrían quién sabe de dónde, quién sabe adónde...

Jelena comenzó a usar esa pequeña astucia en otras ocasiones para dar pruebas de que seguía a la insólita dama con atención. Simplemente, de vez en cuando, leía ciertas partes de su mirada, preguntándose cada vez menos cómo era posible que allí viera cosas que no figuraban en absoluto en los libros. Al fin y al cabo, tranquilizaba su conciencia, su trabajo consistía en satisfacer las ingenuas expectativas de Natalia Dimitrijević. Desde luego, esa inocente condescendencia no le demandaría grandes esfuerzos. Además, la justificación se encontraba también en los ojos de la anciana donde la dama de compañía divisaba la alegría aun sin el aumento de sus lentes. Con todo, la mayor parte del día podía seguir preparándose para su partida.

—*I shall, you will, he will, she will, it will...* —estudiaba inglés en su pequeño cuarto con la mayor discreción posible, aplazando constantemente el momento en que iba a comunicar sus planes a la anciana.

—*We shall, you will, they will...* —estudiaba el pequeño diccionario estándar que contenía el breve compendio de la gramática, poniendo particular atención en las formas del futuro simple del verbo 'ser', sin ningún remordimiento.

A fines de año, casi de la noche a la mañana, la nieve borró las últimas huellas del otoño. La gente caminaba encorvada escondiendo sus manos en los bolsillos, el viento se metía aun por la manga más ajustada para salirse deprisa por la otra. Por desgracia, no se trataba del *košava* usual que sólo se resiente en los riñones. Este viento traía el frío de las guerras cercanas que se avecinaban cada vez más, llenando las almas y los corazones de desasosiego, y uno difícilmente encontraba cobijo de ese temor omnipresente.

—Intente con pequeñas alegrías, dudo que nos quede otro remedio —se preocupó la señora viendo regresar a Jelena de la ciudad temblando, mientras bajaba del armario una de sus cajas redondas—. Bien, le he escogido un pequeño obsequio, estos sombreros acampanados están otra vez de moda; además, le servirá para nuestros paseos.

La misma Natalia Dimitrijević había decidido que el fuego de la estufa en la biblioteca se alimentara por la mañana, al mediodía y por la noche, de modo que se atendía el fuego, se bajaba al sótano por el carbón guardado hacía tiempo y se sacaba la ceniza del rescoldo apagado. Durante las heladas, la vieja dama verificaba personalmente, *de visu*, que cada libro estuviera en su envoltura o caja protectora correspondiente, o que no hubiera cintas separadoras salidas...

—El año pasado se me escapó una colección de cuentos y cuando la abrí en primavera, había que ver aquello; se había echado a perder por completo —se quejaba.

Pero en vísperas de la Navidad, la señora Natalia salió por primera vez con su dama de compagnía y trajo de regreso un atado ceremonial de ramitas de roble y paja. Lo repitió el día de san Juan para llevar la rosca tradicional, adornada con letra sagrada, pájaros, barrilitos, uvas y trenzas hechas de la misma masa, y untada con miel derretida. Sin embargo, entre esas dos visitas que hicieron juntas a la iglesia de San Marco, la anciana se fue sola a la ciudad —hasta en tres ocasiones.

—¡¿Saldrá sólo por las velas?! No se vaya, yo las compraré, afuera todo está cubierto de hielo, podría caerse y hacerse daño... —insistía Jelena tratando de disuadir a la señora; cada vez se anunciaban más restricciones y cortes de electricidad, y se planteaba la cuestión de cómo iban a leer sin tener suficientes reservas de iluminación.

—Las mejores velas son las de la marca Apolo, con pabilos de Viena; sólo con ellas las letras siguen siendo legibles. Hoy en día, las tienen únicamente en la tienda La Mano de la Buena Fortuna... —Se preparaba para salir Natalia Dimitrijević sin prestarle atención a la chica.

—Está bien, iré allá, sólo dígame dónde está esa... —insistía su dama de compagnía.

—Niña querida, esta vez tendré que hacerlo yo misma. Usted no la va a encontrar. Oficialmente, la tienda de Kalmić, La Mano de la Buena Fortuna, ya no existe. Está cerrada desde hace décadas... —dijo desde la puerta con un ademán de resignación. Por la ventana, Jelena observó a la vieja dama alejándose con cuidado, pasito a pasito, por la pista de patinaje que era la calle Palmotićeva ese enero, esquivando con inseguridad los coches atravesados en las aceras y de vez en cuando buscando apoyo en los árboles y paredes de los edificios.

Tal vez por haber caminado precavidamente o porque la tienda La Mano de la Buena Fortuna estaba lejos, la anciana se ausentó el tiempo necesario para que su dama de compagnía empezara a preocuparse en serio. Ciertamente, regresó con una caja que decía

"Apolo". Y tal vez este evento se habría quedado sin explicar, si no se hubiera repetido la semana siguiente, pero por una razón diferente. Mientras seleccionaba las recetas para la comida del día de su *slava*^[2], se percató de que le faltaban algunos ingredientes que no eran fáciles de conseguir.

—Buen arroz de marca Rangún o Carolina, aceite de sésamo y verdadero *barbanats* sólo pueden conseguirse en la tienda de ultramarinos de Svetozar Botorić, y buen paté de ganso, salchichas alemanas y el jamón Rokap, a su vez, sólo en la salchichonería de ese checo regordete, Kosta Rosulek. Los dos negocios están en la plaza de Terazije, pero temo que no los notaría entre la multitud de los escaparates actuales...

—Tal vez porque ya no existen —se le escapó a Jelena.

—¡Eso dicen! Sin embargo, yo sigo siendo su fiel clienta. ¿De dónde cree que es este té de jazmín? Es cierto que el señor Botorić desde hace un buen tiempo no renueva sus reservas, dice que va a liquidar el negocio, que tiene poca clientela, pero sólo se hace de rogar ese pícaro tendero. Sin embargo, cuando yo llego, siempre me dice: "Señorita Natalia, para usted tiene que haber, ¡para usted siempre habrá!" —dijo la vieja dama con firmeza y efectivamente regresó con la canasta repleta de mercancía exquisita.

Sin embargo, al siguiente día resultó que eso no era todo; el colmo fue la visita a la tienda departamental de Mitić donde Natalia Dimitrijević quería renovar su colección de discos con motivo de la comida de su *slava*.

—¿Se refiere al almacén de la calle Knez Mihailova que aún siguen llamando almacén de Mitić? —preguntó la dama de compañía.

—No, me refiero al de catorce pisos en la plaza de Slavija que rebasó al palacio Albania por dos metros completos —dijo la señora apuntando a la ventana como si fuera hubiese un edificio de esas características.

—¿Se refiere en realidad al hoyo para los cimientos que el comerciante Mitić excavó ahí en vísperas de la segunda guerra mundial con la intención de erigir el almacén más grande de los Balcanes? —Jelena decidió esclarecer de una vez por todas ese asunto de las tiendas hace mucho desaparecidas.

—¡Hoy una y otra vez! Llevo cincuenta años escuchando esa insensatez. ¿Usted sabe que Viada Mitić había previsto todo, desde los veinte millones cerrados de dinares, depositados en el Banco Nacional para la construcción del edificio, hasta el futuro aspecto del más mínimo estante? ¡Sólo le faltó el tiempo para construirlo! Pero, tal vez, es mejor así. Lo habrían derribado en los bombardeos o se lo habría quitado el nuevo gobierno. En cambio, sigue ahí, igualito a como lo imaginaron. Cuando desaparezcan algunos de los edificios más recientes, de ellos no quedará ni siquiera eso. Mitić solía recorrer los departamentos del almacén hasta el final de su vida, solía atender personalmente a cada cliente y cuidar cada detalle, apoyando además a sus empleados diligentes con préstamos, aumentos y dinero para la atención médica. Sí, sí, a sus empleados, ¡no menee la cabeza! El señor Virijević, especializado en vender telas por metraje, llegaba a Slavija cada santo día, a las ocho en punto de la mañana, y se quedaba de pie hasta las ocho de la noche. Se creía que había perdido la razón, pero él podía determinar con una sola mirada cuánta tela o forro necesitaba usted para un traje, sin equivocarse ni un centímetro siquiera. Es más, la llevaré un día conmigo, en el noveno piso del almacén está el restaurante donde me senté la última vez, que tiene una vista absolutamente magnífica; además sirven un licor de frambuesa delicioso —desarrollaba Natalia Dimitrijević su visión de Belgrado con obstinación.

Jelena se quedó callada. No tenía derecho ni ánimo de deconstruir el mundo de la señora Natalia. Se trataba, desde luego, sólo de una historia quimérica, pero todo el mundo tiene derecho a su propia historia. Aunque sorprendía el hecho de que también esta vez la vieja dama había regresado de la compra con las manos llenas: uno de los discos que traía era una grabación rara del joven pianista Arthur Rubinstein. Su flamante envoltura de 1926 lucía el programa selecto de composiciones de Beethoven, Scriabin, Liszt y De Falla.

Junto con las comidas y los pastelitos, en la casa se preparaban también los recuerdos familiares; se arreglaban hasta que volvían a brillar como si hubieran ocurrido el día anterior y no hace mucho tiempo. Con una vivacidad sorprendente la señora iba y venía de la cocina a la biblioteca sin cesar, ora para hojear el famoso *Gran libro de la cocina serbia* de Spasenija Pata Marković, ora para contar cómo se celebraban antaño los días de slava...

—Entonces, después del café, mi padre nos pedía a mi madre y a mí que cantáramos. Mi madre tenía una voz especial, es de ella de quien heredé ese don, de modo que nuestros invitados solían decir que les bastaba nuestro canto como obsequio... —recordaba Natalia Dimitrijević todo tipo de detalles ante su dama de compagnía, suspirando a veces como si con ese suspiro profundo quisiera quitar las manchas del olvido de los acontecimientos de antaño.

En suma, durante los preparativos para la slava, Jelena fue agasajada con más recuerdos que en los casi tres meses que pasaron desde su llegada. Así, mientras ayudaba a la señora en el recuento y el acomodo de lo mejor de sus recuerdos, la joven iba armando, pedazo a pedazo, la historia de la vida de la anciana.

Su difunto padre, Gavrilko Dimitrijević, tenía la librería Pelikan en la Plaza Real, hoy la Plaza de los Estudiantes, la más grande en la capital después de las librerías de Getza Kohn y de Svetislav B. Cvijanović. Después de enamorarse secretamente de un joven literato al grado de no poder compartir ese amor con otra cosa,

abandonó la escuela de música Stanković, donde acababa de inscribirse en la clase de canto operístico de la señora Rostovtseva, y se dedicó por completo al sentimiento que la dominaba ayudando a su padre en la librería sólo porque aquel joven solía visitarla a menudo.

—Sin importar que él no se diera cuenta de nada, sin importar que ese joven literato pereciera en circunstancias no esclarecidas sólo unas semanas después de publicar su primer libro, una noche, acostada en mi cama, juré que lo amaría hasta la muerte, y las palabras pronunciadas en ese entonces siguen en mi almohada... — Se sonrojó.

Aún no acababan de caer todas las bombas alemanas en aquella destrucción de Belgrado de abril de 1941, cuando Gavrilo Dimitrijević se anotó como voluntario al servicio de los que salvaban las hojas chamuscadas de los pretéritos libros serbios de la destruida Biblioteca Nacional. Parecía un hombre consumido por ese mismo fuego de la plaza de Kosančićev Venac, donde se encontraba la biblioteca.

—Llegaba como enajenado, con los bolsillos atestados de fragmentos de libros calcinados que caían de los árboles alrededor de la biblioteca incendiada, tratando de salvar de esas cenizas, por la noche, al menos alguna que otra palabra legible. Parece que había logrado descifrar algunas que transcribía con su letra moldeada y enviaba en sobres encerados al profesor Veselin Čajkanović, y más tarde, en secreto, al monasterio Ljubostinja, donde el gobierno alemán tenía internado al obispo Nikolaj Velimirović. —Este recuerdo atravesaba las neblinas de su memoria.

Después de la guerra, esa correspondencia sirvió de motivo legal para requisar sus propiedades "en nombre del pueblo", y por juicio sumario le confiscaron la librería y una parte del apartamento en la calle Palmotićevo junto con su salida al balcón, mientras que la alacena fue tapada con una pared por error. Luego, en otra visita menos formal, que más bien habría de llamarse saqueo, fue requisada la mayor parte de los manuscritos de su padre; pero los hombres callados seguirían viniendo después para llevarse algunos de los libros y dejar comprobantes irrisorios.

—Libros y notas de los que le contaré en otra ocasión, porque ahora no tengo tiempo; el día de san Juan está por llegar y nosotras aún no hemos decidido qué pasteles prepararemos —precisó la señora. Jelena recordó los huecos en las repisas, los huecos que dentro de las copas de los árboles de la biblioteca le recordaban ramas cortadas.

Además, aparte de las propiedades confiscadas, su madre no pudo reponerse jamás de la pérdida de su tranquilidad. Se estremecía al menor sonido del timbre o del ascensor. Temía aun cuando el silencio reinaba en la escalera imaginando que alguien se acercaba con sigilo. Nadie pudo hacerla cantar de nuevo y de la melancolía coagulada en el pecho murió en la primavera de 1956.

—El doctor Arsenov, lo conocerá el día de la slava, guardaba las esperanzas hasta el último aliento de mi madre tratando de persuadirla: "Vamos, sé que no tiene ganas, pero haga un esfuerzo; veamos, intente con aquella canción de Zajc *¿Dónde estás alma mía?*, ¡desahóguese un ratito!". Ella no lo escuchaba, volvía la cabeza hacia el otro lado y apretaba sus pálidos labios con tenacidad, temiendo que el canto sólo prolongaría la agonía de sus últimas horas... —continuaba la historia de Natalia.

Al enviudar, Gavrilo Dimitrijević se retiró del mundo por completo, justamente a esta biblioteca, sin salir a ningún lado por toda una década; aquí comía como un pajarito apático y dormía con el sueño ligero de un animal acorralado, callado como un pez en el mismo fondo del agua. De este cuarto de la biblioteca desapareció repentinamente el nublado año de 1965 sin que jamás se supiera adónde.

—En la mesita quedó sólo un libro abierto que en toda esa búsqueda de mi padre desapareció también... —agregó en voz baja.

Desde entonces, Natalia Dimitrijević pasaba su vida solitaria, desparejada, trabajando hasta la jubilación en esa misma librería Pelikan, que desde la nacionalización fue más bien una papelería de material de oficina y formatos oficiales, encontrando su única satisfacción en el cuidado de la biblioteca familiar y en los recuerdos de su amor iluso. De vez en cuando lograba sacar algo de los depósitos que su padre había hecho antes de la guerra en los bancos y cooperativas de crédito desaparecidos mucho tiempo

atrás, y se mantenía además con la enseñanza de la lectura. Por ejemplo, el profesor Tiosavljević de la Facultad de Filosofía, siendo estudiante del primer año, venía a tomar dos clases tres veces por semana.

—Clases de lectura total, querida, ¡no esta quasi-lectura de usted! Yo veo que usted se esfuerza por complacerme, sin embargo, eso está muy lejos de una lectura auténtica. Es indudable que tiene talento, pero después del día de san Juan, espero que se entregue a la lectura con más ánimo, más intimidad —aprovechó la señora el momento para hacer un reproche a su dama de compagnía.

A la comida de la slava asistieron sólo Jelena y el doctor Isidor Arsenov; todo cálculo llevaba a la conclusión de que el galeno era contemporáneo del siglo. Uno de los platos se quedó sin usar, porque resultó que una de las invitadas esperadas, la señora Petrašinović "ya no está entre nosotros", había fallecido el verano anterior. Tal vez eso influyó para que en la mesa no hubiera suficiente alegría. Natalia servía con discreción, mientras el doctor Arsenov chasqueaba la lengua y murmuraba los elogios. Cualquiera que fuera la cosa que probara, desde el *koljivo*^[3] en adelante, encontraba motivo para subrayar las características medicinales de los alimentos naturales:

—El trigo cocido deshace los calambres estomacales... El perejil es un excelente antiséptico... El puerro calma la tos... La mejorana es un sedante, útil para el hipo persistente, la bronquitis y otros malestares...

Como él había renunciado al tabaco recientemente, después de numerosos intentos fallidos, y una de las características principales de la comida de la slava es que todo transcurra "sin pri-sa al-gu-na", entre cada plato, en vez de un cigarro, él se echaba un sueñito, mientras que la pajarita de puntos, color rojo vivo, batallaba con las canas de la barba del doctor caída sobre su pecho. Al final, a la hora de los postres y recalando que la nuez cura la anemia y "hmm, hmm, disculpen la expresión, también la virilidad", que la almendra pelada calma el dolor de estómago, y el higo es conocido como un diurético suave, y así sucesivamente, y de un postre a otro terminó cayendo en un sueño tan profundo que no se despertó ni siquiera al tomar una taza llena de café. Sólo se espabiló cuando sintió los

posos del café, confundido, parecido a un niño sorprendido haciendo cosas indebidas.

—Perdón, estuve *soñando* que fumaba. Aunque no tengo que detallar sobre lo dañino de la nicotina, admito que el café sin un cigarrillo no es un gran placer.

Por último, la señora Natalia Dimitrijević colocó sobre el plato del gramófono aquel disco nuevo de Arthur Rubinstein. Durante la crujiente pausa entre el *Nocturno para la mano izquierda* de Scriabin y *La danza del fuego* de Falla, el doctor Arsenov preguntó:

—¡¿El joven Rubinstein?! ¡Magistral! ¿Dónde lo consiguió? Como siempre, ¿en Mitić de Slavija?

—No —contestó tristemente la señora—. Puede creer que la tienda departamental de Mitić estuvo cerrada en pleno día, así que tuve que pasar por la que llamaban Ta-Ta enfrente del Zar Ruso.

No es necesario agregar que la vieja dama apenas probó la comida.

—No tengo apetito, me sacié leyendo las recetas de Pata Marković —fue el pretexto.

—¿No le molestaría que nos alejáramos un poco? Se lo prometo, estaremos de vuelta antes de que anochezca... —con estas palabras esperó la señora a su dama de compañía en la biblioteca al mediodía, una semana después del día de san Juan tendiéndole, como de costumbre, uno de los dos libros del mismo título.

Las sesiones de lectura previas solían durar una o dos horas. La joven no tenía ganas de ceder tanto a la fantasía de la anciana ni tampoco de quedarse tanto tiempo; acababa de inscribirse, con su primer salario, en el curso de inglés para principiantes y utilizaba las tardes para repasar la lección del día anterior. Pero no tenía manera de rehusarse, sobre todo, porque la vieja dama prosiguió sin dejar lugar a discusiones:

—¡Almorzaremos allí! Quedaba algo de jamón de Rosulek y preparé los bocadillos.

Sólo entonces Jelena notó en el entorno habitual una canasta de picnic junto a los pies de Natalia Dimitrijević. Debajo de la tapa se asomaba el borde del mantel a cuadritos de color rojo. Cogió el libro ya abierto de manera automática sin acordarse siquiera de ver su título, sintiendo a la vez una enorme estupefacción y pena. Desde luego confundida, después no pudo recordar cómo había llegado tan lejos. Sin lugar a dudas había seguido a la vieja dama con afán, como antes, desde el capítulo indicado, página por página, renglón por renglón, palabra por palabra, cuando de repente se dio cuenta

de que en lugar de un enjambre de letras, ante sí tenía a una mujer en un vestido ondeante de seda cruda con un chal cubriendole los hombros descuidadamente, un sombrero de paja de ala ancha y una canasta de picnic en la mano derecha, avanzando lenta pero decididamente por un sendero... Jelena no podía explicarse a sí misma cómo eso era posible. Tampoco sabía cómo había llegado a una cima desnuda, apenas cubierta de hierba. De cualquier modo, allá arriba, en ese claro del monte, encima de un valle boscoso, un río y una sola casa visible, soplaban un viento completamente diferente del que corría por las calles y las plazas de la capital. Este viento jugaba amistosamente con los mechones de su cabello mientras arriba dispersaba las nubes y esparcía la gracia del sol... Ellas estaban sentadas en una roca tibia comiendo bocadillos alrededor del mantel tendido, y después de tomar un cuarto de botella de vino blanco, la señora Natalia guardó en la canasta el sacacorchos y dos copas de pies gráciles. Entonces, todo eso era cierto o pura fantasía, pero por primera vez, después de tanto tiempo, Jelena se rió. Eso no se podía olvidar. Charlaron, observaron el vuelo amoroso de las golondrinas, y siguieron riéndose una y otra vez...

—Observe su manera enigmática de volar, como si rodearan pilares y arcos de la bóveda celeste, invisibles para nosotros... —dijo la dama de compañía.

—¿Dice pilares y arcos? Sí, sí... —afirmó contenta la anciana —. Parece que no me equivoqué al emplearla. Tiene un don de observación particular.

Pero la joven no supo explicar cómo se dio el regreso. Los renglones de pronto empezaron a espesarse, a desaparecer en el anochecer, y el crepúsculo de Belgrado fue sellando un cristal tras otro de la ventana de la biblioteca. La señora Natalia Dimitrijević dejó a un lado los lentes, se quitó los guantes color beige y con los dedos temblorosos de articulaciones y venas hinchadas tocaba sus sienes pecosas. Jelena encendió la lámpara cercana y miraba interrogativamente, ora a la señora ora a la canasta de comida abierta con migas de bocadillos, el mantel recogido con descuido y la botella de vino empezada.

—Estamos progresando, estamos progresando... —dijo Natalia y entonces, como si quisiera adelantarse a cualquier conversación más detallada sobre esto, cerró los dos libros a la vez—. Me siento débil, vamos a acostarnos.

—El antefuturo expresa una acción que va a ocurrir con anterioridad a otra acción en el futuro: *As soon as I shall have written the letter, I shall return your pen* (En cuanto haya terminado la carta, le devolveré su pluma). Este tiempo también expresa una acción que va a ocurrir y terminar hasta un tiempo determinado en el futuro... —Cada día, en su cuarto, la chica repasaba sus lecciones.

—*A, aback, abacus, abaft, abandon, abase, abash, abate, abatis, abbacy, abbreviate, abc, abdicate, abdomen, abduct, abeam, abed, aberrance...* —Aprendía las palabras sistemáticamente, cuidando pronunciarlas con la mayor fidelidad posible, y descansaba fantaseando que hablaría un inglés tan bueno que cuando se fuera de aquí, nadie notaría de dónde había llegado.

Como de costumbre, la señora Natalia pasaba su tiempo en la biblioteca borrando y dibujando círculos y crucecitas sobre los cristales de la ventana, ocupándose de los libros y las primeras lilas que sustituyeron a las últimas mimosas, dedicando cada vez más tiempo a los preparativos para la lectura conjunta. Después de escoger el texto para el siguiente paseo, emprendía toda una serie de pasos imprescindibles. Por ejemplo, pasaba varias horas parpadeando aceleradamente con el fin de abstenerse de hacerlo a partir del momento en que abría las tapas del libro; por muy imperceptibles que fueran, los parpadeos eran en realidad pausas en el proceso de lectura. Incluso el mismo acto de abrir las tapas era precedido por el complicado cálculo de la amplitud del ángulo ideal

que formarían las páginas; para algunos libros bastaba el ángulo agudo de menos de treinta grados, otros servían sólo bajo el ángulo recto, para terceros esa relación variaba de noventa y ocho a ciento catorce grados y para algunos no valía la pena abrir ni los trescientos sesenta grados. Además, ahora la señora rara vez partía sin diferentes accesorios. A veces llevaba el pequeño ícono de San Nicolás, a veces el paraguas, otras veces sacaba mil y una chucherías femeninas de un bolso y las pasaba a otro...

Jelena iba descubriendo todo un mundo nuevo. La entrada le causaba náusea, sentía debilidad, las palmas de sus manos sudaban, las primeras palabras en renglones apretados molestaban la vista, pero conforme avanzaba, sin importar qué, dónde y cuán detalladamente algo estaba escrito, ella encontraba una peculiaridad por la que valía la pena arriesgarse. Con la señora Natalia Dimitrijević iba aprendiendo que los personajes y tramas literarios no eran todo lo que se ofrecía a un lector verdadero, es decir, no eran lo más interesante. Si en algún lugar se indicaba alguna calle, de hecho, si apenas se mencionaba, Natalia Dimitrijević sabía desviarse a alguna plaza de la que no había una palabra siquiera, de allí a otro callejón y luego podía entrar en un edificio y según sus ganas subir a un desván ajeno, lleno de ropa húmeda recién tendida, luego al azar hasta el primer parque, lo adivinaría inequívocamente por la frescura del aire, donde pasaría el tiempo alimentando a las tórtolas que llegaban quién sabe de dónde o simplemente se quedaría sentada junto a su dama de compagnía, alejadas de los renglones usuales...

Pero tampoco eso era lo más sorprendente para Jelena. Al lado de la anciana, ella se daba cuenta de la presencia de otros.

Una multitud de distintas personas en ese mismo momento, pero en el otro extremo de Belgrado, en otra ciudad, incluso en la otra parte del mundo, leía el mismo libro. Y ese libro, y ese espacio, los unía a todos. Algunos eran capaces de reconocer a los demás lectores, pero otros eran incapaces de reconocerse a sí mismos. Cuando en la trama ordinaria y bastante previsible de una novela sentimental, hace tiempo olvidada, casi se dieron de frente con la señora Angelina, la joven intuyó lo que cualquier espacio, aun el más humilde, podía llegar a abarcar.

—Mi dama de compañía, además una persona muy dotada... mi amiga de la escuela de música Stanković... —las presentó Natalia bastante contenta por el encuentro inesperado.

—Natalia, Natochka ¿Cuánto tiempo sin vernos? Desde aquella crónica ¿hará diez o veinte años?

—¿Qué hace Najdan ahora? ¿Siguen viviendo en Argentina?

—Hasta hace poco estuvo traduciendo a nuestros poetas al español, pero recientemente se operó de cataratas sin éxito. Le invadieron ambos ojos. Yo estoy leyendo a solas durante la noche para contárselo por la mañana. Eso lo mantiene en un estado de vida aparente...

—¡Salúdalos de mi parte! ¡Claro que sí! ¡No lo vayas a olvidar! —hablaban las dos señoras de edad avanzada, y a veces era difícil discernir cuál de las voces superaba en fuerza a la otra.

—Discúlpame, debo regresar; allí está amaneciendo, tal vez él ha despertado —se excusaba Angelina al despedirse.

—Desde luego. Y no le digas cuánto he envejecido —se despidió también Natalia Dimitrijević.

Jelena notó que la vieja dama regresaba desganada. Al dejar aquella novela sentimental, se abismó en su memoria, como si tratara de fijar lo más importante, de salvar para el recuerdo los grandes rasgos de la historia:

—Hasta la primera guerra mundial Najdan era el ordenanza de su majestad, el rey Petar II. Tal vez usted haya escuchado alguna vez la expresión *Ad usum delphini*. Es decir, en la corte francesa existía la costumbre de preparar para el uso del *dauphin* una selección particular de literatura que excluía todo lo que se consideraba inapropiado para la educación de un heredero al trono. Nosotros no teníamos las reglas tan estrictas, pero el joven Petar II Karadjordjević tenía un acompañante personal para las clases de lectura, el mayor Najdan. Sin embargo, cuando al estallar la segunda guerra la corte y el rey huyeron, Najdan fue abandonado porque alguien consideró que su servicio no era de suma importancia para el Estado. Estuvo de prisionero en Alemania y después de 1945, desconfiando de las nuevas autoridades del país y ofendido por el trato que había recibido de la corte, vagó por el mundo para asentarse en Sudamérica. En aquel entonces, durante

los cincuenta, yo leía mucho con Angelina. Así se dio que lo conociéramos al mismo tiempo, por azar o por destino, los tres empezamos a leer el mismo libro. Él por la mañana, sentado en el modesto cuartito de emigrante en la lejana Buenos Aires, nosotras dos por la noche, en este apartamento, soñando con lugares remotos. Nuestra *soirée* continuó, se repitió una decena de veces, pero de manera acordada, porque ellos dos se enamoraron, y después de muchas peripecias Angelina logró obtener su pasaporte y, a partir de entonces, esa historia fue sólo de ellos dos. Al irse, se llevó una crónica de viaje que yo tenía también, y nos encontrábamos allí cada día primero del mes, sin importar la diferencia de horarios ni los miles de millas marinas de distancia. Cuando ya tuvieron una casa, me invitó a reunirme con ellos, pero yo no podía dejar a mi padre, y después, tampoco la biblioteca, la almohada en la que juré mi amor, ni la única lengua en la que podía vivir...

La joven imaginaba a la señora Angelina allí en Buenos Aires, en una casa fresca donde pese a frecuentes repinturas brotaban las flores húmedas de la nostalgia, en una casa con muebles macizos y tallados y una foto de Petar II Karadjordjević de adolescente, con cortinas descorridas en vano... Imaginaba a la señora Angelina dejando al lado también aquella novela sobre la mesita de noche, dirigiéndose a su marido ya despierto, al señor Najdan: "No me vas a creer, he visto a nuestra Natalia, la hija del librero desaparecido, Gavrilo Dimitrijević...". La dama de compañía imaginaba al señor Najdan, el antiguo ordenanza real, enderezándose y volviéndose, su rostro cubriendose de las arrugas de la sonrisa conforme regresaba el recuerdo, y sus pupilas lejanas llenándose de brillo: "¿A Natalia, dices? ¡Oh, Dios, después de tantos años! Dime cómo está...".

—Señora Natalia, cuando nos vamos allí, es decir, allá, ¿existimos aquí? —Jelena regresó de sus pensamientos.

—¿Si existimos? —repitió la vieja dama—. ¿Y dónde? Es una buena pregunta. Creo que se trata a la vez de una especie de leve presencia o leve ausencia. Aunque esa relación difiere de una persona a otra. Y si se me permite, de un pueblo a otro.

Así se iban revelando ante la dama de compañía las extensiones de una migración sin precedentes. No había columnas

de gentes, nadie en particular guiaba a esas personas ni las impulsaban las mismas razones; además, ni siquiera el espacio adonde se iban podía considerarse como el extranjero, pero la presencia de tantos no podía llamarse otra cosa que migración.

—Los libros son como esponjas. Aparentemente de tamaño insignificante, el tejido alveolar poroso es capaz de absorber un sinfín de destinos, de alojar incluso pueblos enteros. ¿Qué otra cosa son los libros sobre las civilizaciones desaparecidas, sino esponjas que dentro de sí condensaron épocas completas? Hasta la última gota de la vida, hasta que ellas mismas empezaron a secarse, a petrificarse... —Natalia Dimitrijević dio un golpecito con el índice sobre el lomo de un voluminoso estudio histórico y el sonido se pareció al que habría emitido una estalagmita.

A decir verdad, se acordó Jelena, los espacios de algunos libros parecían petrificados como si fueran unas ciudades malditas y abandonadas, en las que todo está firme en su sitio, donde puedes quedarte durante días, pero donde aparte de tu propio aliento no se escucha nada. Había libros que contenían sólo el pasado, un pasado tan remoto que las formas existían sólo gracias a los espectros. Libros por los que resonaba el murmullo humano, la música y la risa, pero donde al acercarse uno encontraba solamente un eco secular. O libros que visitaban sólo los inducidos en un intento de reconstruir de los vestigios el aspecto de alguna construcción, o extraer de un olvido más pesado que la pesantez más grande, un pensamiento valioso. Y también existía la realidad que se parecía a esos libros, sólo que a diferencia de ellos, ésta no se podía cerrar ni dejar a un lado.

Los indicios empezaron a aparecer a principios de verano. Esa tarde, en que las lilas cedieron su lugar a las rosas, la señora empezó a deambular por los cuartos como si buscara algo en particular. Recorría cuarto por cuarto, subía la escalera de la biblioteca, se agachaba para mirar debajo de la cama y del sofá, levantaba las alfombras y los manteles, les daba la vuelta a los bolsillos y los alhajeros, las cajas con cartas y el estuche de costura, escudriñaba los rincones, suspiraba y se retorcía las manos de desesperación. Jelena la seguía confundida; nunca antes la había visto así, y tampoco sabía qué decir hasta que Natalia Dimitrijević se desplomó en el sillón de mimbre con un gemido de impotencia:

—¡Perdí un recuerdo!

—Lo lamento... —dijo la joven torpemente.

Pero la señora Natalia estaba desconsolada. No dejaba de quejarse con voz monótona:

—Perdí un recuerdo... Perdí un recuerdo de mi padre... Dios mío, ¡cómo pude extraviarlo!... ¡Cómo pude ser tan descuidada, no puedo recordar el título del libro que estaba leyendo antes de desaparecer. No puedo recordarlo, si tan sólo pudiera saber lo que estaba escrito en las tapas... Tenía la intención de contarle eso aquella vez, el día de la slava, y se me fue. Lo sabía durante todas estas décadas, y ahora...

Se resignó a esa pérdida aparentemente unos días después, pero el incidente quedó como lo era en realidad, el indicio de

una enfermedad que, pronto se mostró, avanzaba irremediablemente. Para finales de ese mes la vieja dama había olvidado, rasgo por rasgo, el rostro de su madre. Las fotografías no le ayudaban.

—Esas son sólo las fotos, mi madre era más hermosa, mucho más hermosa... —Volvía la cabeza de decenas de álbumes abiertos con los que la dama de compañía había cubierto toda la mesa del comedor.

Un poco después, se desvaneció el recuerdo de casi nueve años consecutivos. Más precisamente, el recuerdo del periodo desde febrero de 1981 hasta diciembre de 1989. La señora Natalia Dimitrijević no lograba evocar de esa grieta de varios años en su memoria ni un solo día brumoso. Todo había desaparecido como si jamás hubiera existido. Jelena en vano enumeraba en orden, con la precisión de un relojero, los eventos que Natalia antes refería con lujo de detalle.

—El 17 de abril de 1984, a las cinco de la tarde, usted me contó que la había visitado el profesor Dobrivoj Tiosavljević, en aquel entonces apenas docente en la Facultad de Filosofía, su antiguo alumno de lectura... Usted preparó el té y los bizcochos con cáscara de limón rayada, el señor Tiosavljević rechazó el vasito de licor de guindas... Según sus propias palabras, hablaron de los libros que le fueron confiscados después de la segunda guerra mundial, él le pidió que le enumerara cada título individual interesándose, sobre todo, por la treintena de ejemplares de un libro titulado: *Mi legado* de Anastas S. Branica... De vez en cuando, el profesor se frotaba los ojos y repetía: "¡Interesante! ¿Está usted segura? Yo lo leí todo con cuidado, ¡no conozco esa parte! ¿Podría quedarme otro poco con el ejemplar que me ha prestado? Si no me equivoco, usted sigue teniendo dos ejemplares". Con su permiso fumó una pipa de tabaco con aroma a vainilla...

—Puede ser, Jelena. Puede ser. No dudo que todo haya ocurrido de esa manera. Pero, por favor, no trate de sustituir mis recuerdos con los tuyos. —La vieja dama hizo un ademán de rechazo, ofendida; era todo lo que tenía que decir.

En otra ocasión, Natalia le regaló a la joven un vestido de viaje, hecho de lino. A Jelena le quedaba de maravilla, pero para la

anciana era una prenda de vestir cualquiera, desde el instante en que olvidó las ocasiones en las que la había usado. Y así continuó, los vacíos se multiplicaban, el pasado se parecía a una partitura de la que alguien había arrancado sin misericordia unas hojas por aquí, unas hojas por acá, de tal manera que ni bien una melodía comenzaba, enseguida enmudecía.

—Ahí no hay gran cosa que hacer —diagnosticó ante Jelena el médico familiar, el soñoliento doctor Isidor Arsenov después de una conversación con la paciente y su dama de compañía—. Usted, señorita, debería hacer lo que a ella le agrade; lean juntas, quién sabe, tal vez eso impida la erosión de su memoria, cada libro es una *nota bene*, quiero decir un apunte que sirve de recordatorio de la vida.

Así fue. La joven y Natalia Dimitrijević leyeron más que nunca. Ahora era la dama de compañía la que insistía, dominando la aversión hacia su propia lengua, aparentando interesarse por uno y otro título para que permanecieran otro poco entre estas o aquellas páginas. Al principio, la señora aceptaba de buena gana, como antes, cada oportunidad de llenar su existencia evanescente, pero la enfermedad del olvido atacaba implacablemente el tejido de la lengua también... Esa vez se trataba de un texto ligero, habían decidido dar un paseo cuando la anciana se detuvo y con el índice apuntó hacia un diente de león.

—¡¿Eso?! ¡No puedo recordar cómo se llama! —balbuceó.

—No importa, saltémoslo, vamos a seguir. —La dama de compañía tomó a la señora debajo del brazo.

—Oh, no, de ninguna manera, no trate de taparlo, ¡cada palabra es importante! La tengo en la punta de la lengua, se trata de... Es una palabra común, ¿no? —Natalia Dimitrijević no se movía de ahí, obstinadamente.

—Sí, es un nombre común, el diente de león. ¿Quiere descansar un poco?

—Jelena, ¿qué significa "diente de león"? —La mirada de Natalia estaba vacía, aún más vacía por el terrible aumento de los cristales de sus lentes.

—A su edad es difícil distinguir todos los síntomas... Senilidad, afasia normal, dislexia... Tal vez debería visitar a un especialista... —

aconsejó el doctor Isidor Arsenov extendiendo una tarjeta atiborrada de títulos, antes de dormirse *soñando* que fumaba.

—Debe consumir lo más posible alimentos ricos en vitamina E, prepárele pescado... —Se despertó tosiendo, no podía dejar el tabaco por completo.

—Ni hablar. Jamás lo aceptaré. Ese hombre ni siquiera conoce mi nombre —rehusó Natalia al leer el nombre del nuevo médico.

Tampoco la recomendación referente a la alimentación pudo ser seguida. Natalia Dimitrijević había olvidado lo que significaba la palabra "pescado" y se negó a probar siquiera un pedacito de "esa materia". En general, sus comidas se tornaban cada vez más monótonas, el número de ingredientes desconocidos, y por consiguiente indeseables, se multiplicaba; ya había eliminado todo tipo de carne, cebolla, chícharo, apio y la dama de compañía se preguntaba qué pasaría cuando la señora se olvidara de la palabra agua o aire.

Sin embargo, ocurrió algo mucho más terrible. Justamente el día en que supo que su solicitud de emigrar había sido aceptada y cuando sólo debía arreglar algunas formalidades antes de partir para siempre, además de ir, por supuesto, a su ciudad natal para despedirse de sus padres, justamente ese día de septiembre, Jelena regresó a casa decidida a comunicar su decisión a la anciana y la encontró sentada en el suelo de la biblioteca, sacando con un abrecartas de una almohada desgarrada, una pluma tras otra que examinaba, y enseguida desechaba...

—Una vez dije algo importante en esta almohada, y ahora ese algo ya no existe... —Levantó por un instante sus ojos llorosos, y siguió revisando.

Las blancas plumitas soltadas se asentaban en su cabello. Flotaban por todo el cuarto. Aquí y allá, aquí y allá...

La breve mejoría sólo presagiaba el comienzo del final. Durante septiembre y noviembre, tomaban el té generalmente en silencio, sin mucha conversación, escuchando el crujido del juego de porcelana azul cobalto, adornado con constelaciones doradas. En el silencio general, la anciana y la joven inclinaban sus cabezas hacia las tazas y platitos, hacia la azucarera y la lechera, auscultando el pulso de la porcelana.

—¿No le parece que las pulsaciones de mi taza son... mucho más lentas? —las comparaba Natalia preocupada; cada vez hablaba menos, máximo una o dos frases, después de pensarlas muy bien, y concluir que no les faltaba nada para pronunciar lo que quería con dignidad.

—Eso no es posible, el esmalte madura de manera uniforme, venga y escúchelo por sí misma... —la disuadía Jelena, aunque ella también había notado la diferencia pese a su esfuerzo en disponer las piezas del juego de té cada vez de forma diferente.

—¿De verdad? —se animaba entonces la señora—. Ah, es un trabajo de Meissen... De 1910... Esto no es nada ahora, si usted supiera cómo pulsaba antaño... Mientras la porcelana era joven.

—Pero, usted sólo trata de consolarme... —añadía después de pensarlo mejor—. Hasta ahí, sí que puedo oír... Su pulso está casi por apagarse... Prométame una cosa, no permita que me muera aquí sola...

—Yo voy a estar con usted —dijo la dama de compañía a pesar de que el plazo para tramitar los papeles en alguna otra embajada iba venciendo inexorablemente, y de la posibilidad de tener que repetir todo el trámite para su salida.

La noche del lunes 20 de noviembre, al regresar de la Biblioteca Nacional, encontró a la señora, toda agitada, haciendo un equipaje digno de una travesía transoceánica. Vestidos de día y de noche, ropa abrigada, calzado, camisones y gorros de dormir, pañuelos, cepillos para el cabello y las cejas, estuche de manicura, frascos con agua de colonia, álbumes de fotos, manzanas por si tuvieran sed...

Jelena no alcanzó a quitarse su sombrerito acampanado, cuando Natalia Dimitrijević le dijo con un tono suplicante:

—Es hora de que me vaya... Ayúdeme a no llegar tarde, mientras aún tenga cabida en algún lugar... Sólo unos cuantos días, ya no la detendré más... Hasta que me instale... Luego, podrá irse... A seguir su propio camino...

Después de arreglar todo como si fueran a abandonar el apartamento para siempre y comprobar que la llave hubiese dado dos vueltas, la cadena de seguridad estuviera bien puesta, los grifos bien cerrados y las persianas bajadas, Jelena terminó su taza de té y, al sentir un calor repentino, desabrochó dos botones superiores de su vestido de viaje, hecho de lino. Sólo unos instantes las separaban de la medianoche. Afuera, seguía lloviendo. Dos mujeres, una joven y la otra de edad avanzada, cogieron dos libros idénticos ya abiertos. La primera, contraída hasta el borde del espasmo, con las palmas de las manos sudorosas y cierta náusea debajo del esternón. La otra, con los ojos encendidos y la mirada fija detrás de sus lentes de aumento. Pronto, en el cuarto pudo escucharse sólo el susurro de la expansión de las páginas...